

Pablo Arango · Gustavo Zubieta · Tambor Vargas · Susan Sontag
Jorge Ariel Madrazo · Amalia Decker

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 446 Oruro, domingo 20 de junio de 2010

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL



Moorea. Óleo sobre tela 40 x 50
Erasmo Zanzuela

Vicio

En Pensilvania, don Noé Gómez es un profesional en la administración de bares. Estudié con uno de sus hijos, Mauricio, y varias noches a la semana asistíamos a la cantina del papá. Cuando don Noé estaba muy borracho, le daba por aconsejar a su hijo. Una noche lo llamó con ese gesto ceremonial de los padres cuando van a decir algo importante, y le dijo: *Mauricio, hijo, tómese todo el trago que ve aquí* (y haciendo un arco iris con el brazo, señalaba la estantería repleta de botellas), *fúmesse todos los cigarrillos que ve aquí* (el mismo gesto con el brazo), *cómense todas las viejas que quiera, y todos los muchachos que quiera también... pero no vaya a meter vicio en la hipueputa vida*. Siempre que he contado esta historia para explicar el significado de la palabra, el auditorio ha estallado en carcajadas. Excepto en una ocasión, en el club de Ajedrez Capablanca en Manizales. Allí, luego de contarles la historia a mis amigos ajedrecistas, hubo un silencio incómodo en el que todos esperaban la conclusión o el chiste. Cuando comprendieron que ya había terminado, dos de ellos dijeron casi al unísono, mientras golpeaban la mesa con un puño aprobatorio: *es que así es como se les habla a los muchachos*.

Pablo R. Arango en: *Diccionario Personal*

Conocimiento y ternura al servicio de la niñez

Parece un hecho natural y cotidiano que un médico especialista atienda las dolencias de los niños llevados al consultorio por las madres. Los niños son la alegría del hogar, la esperanza del futuro, el lazo de unión de la pareja en matrimonio; y de todas estas condiciones, la salud de los mismos es el tesoro más grande que se pueda esperar. En la ciudad de Oruro, existe un médico bonachón con manos fuertes y robustas como tenazas, que con ternura y delicadeza cada día ausculta a niños enfermos, les diagnostica sus dolencias con certeza y experiencia, y los cura aliviando a las madres de su pesar. Sus conocimientos son de mucho valor, porque no sólo trata la salud sino también salva vidas. Como buen médico no sólo sabe de medicina sino también tiene erudición sobre la naturaleza humana, es un sociólogo en la comunidad que se desenvuelve, que es la sumatoria de sujetos sanos o enfermos, y por lo tanto su conocimiento es trascendental.

Cumplida su labor y un deber impuesto a sí mismo, se dirige al café "Sergio's" donde lo esperan sus amigos; quienes escuchan atentos sus sabias reflexiones. Por circunstancias de la vida, él nunca ha ejercido la cátedra, porque no la ha buscado, porque ha preferido siempre ser un hombre libre, y un bohemio a su manera. Sus vastos conocimientos en varias ramas de la cultura, entre ellos su dedicación al esoterismo, no le han permitido desenvolverse en grupos sociales que no aspiraban al nivel que él, con modestia, exige. Ha sido masón, en una Masonería en decadencia (éstas son opiniones mías), pues no es la de antes como la del Consejo Supremo de Inglaterra; por lo tanto ha abandonado cuando estaba cerca del grado Treinta y Tres. En su búsqueda de la verdad, quimera de todos los filósofos, ha indagado en los misterios de las pirámides y de los Faraones egipcios; en los misterios de la sabiduría de la India, tratando de entender a los "gurus".

Ha hecho la especialidad de pediatría en Europa, particularmente en España, con ese afán de que allende los mares se adquiere más experiencia; pero resulta que esos conocimientos sólo servían para el ejercicio en esos países, donde existe una patología diametralmente opuesta, como las enfermedades congénitas y taras propias de países desarrollados, donde las infecciones se han superado. Sus conocimientos médicos aplicados son fruto de su acuciosa observación y estudio personal en una sociedad con particularidades propias del subdesarrollado. Lamentablemente, estos conocimientos se perderán con su partida al Valle de Jofabí porque muy difícil que aparezca uno como Platón para recolectar la sabiduría de Sócrates. La medicina que él practica tiene una enorme trascendencia: el diagnóstico y tratamiento adecuado. Las madres no se dan cuenta pero intuyen el valor que tienen sus conocimientos, sólo ven los resultados, no saben cuánta vocación y cualidad requiere esa práctica.

La disertación de sus conocimientos vierte en el selecto grupo de sus amigos, como Guillermo Sotomayor, Armando De Urioste, Beto González, Luis Urquieta y otros intelectuales y profesionales de prestigio. Ni la altura, ni el nivel económico de la sociedad son barreras para el desarrollo de la virtud y el talento.

Se dedica a atender a los niños pero también se ocupa de los "damas y damicelas", para cuyos oídos ansiosos de escuchar melodías, vierte musicales versos oportunos al momento. Es un ¡declamador formidable! que no gusta del escenario de los teatros donde cosecharía en cash, pero cobra fuerte en caricias y recibe ofrendas de pieles como pétalos de rosas.

¿Pero de quién es esta silueta que describo de un cansino caminante de las calles asfaltadas de la ciudad del Pagador? No es otro, que el Dr. Hugo Antezana Rodríguez, con domicilio y consultorio en la Calle Petot 1234.

Gustavo Zubieta-Casillo. Académico de la Lengua.





el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zanzuela c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julio garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Desde mi rincón:

Una vida más de los que llegaron

TAMBOR VARGAS

Hace ya algunos años supe de la existencia de un libro que podía presentar cierto interés. Me refiero al de Regina Vogt, *Raíces en el equipaje*, Santiago de Chile, Editorial Semejanza, 1998, 193 p.; pero han hecho falta otros tantos para que en 2005 el libro pudiera llegar a mis manos: en concreto, para que me encontrara en la capital chilena, me lanzara a una búsqueda de la autora en el mejor estilo de Sherlock Holmes; y finalmente, que, una tarde de fútbol trepidante en los cafés santiaguinos, su gentileza me facilitara el ejemplar tan largamente perseguido. Lo que sigue no pasa de la divulgación de las simples anotaciones que se han ido acumulando al filo de su lectura. Así se lo había prometido a la autora; hoy, por fin, lo cumplo.

Pero resulta –ahora lo sé– que no se trata de un libro en que la autora recoja los recuerdos familiares sobre el abuelo de Alemania; ni de la elaboración literaria basada en unos textos autobiográficos del dicho abuelo Hermann Brehm; ni, todavía menos, de la escueta transcripción de aquellos presuntos apuntes (ya fueran en forma de diario más o menos discontinuo, ya de memorias retrospectivas). En realidad, parece tener un poco de todo ello, sin ser propiamente ninguna de cada una de dichas opciones. Y acaso aquí radique una de sus debilidades: desde el momento en que la autora deja entender que ha ‘manejado’ la información disponible, pero no nos precisa ni de cuál se trata ni en qué forma lo ha hecho, el lector con expectativas ‘historiográficas’ queda sin suelo bajo los pies. Simplemente no puede controlar dónde acaban los datos históricos y dónde comienza la (re)construcción imaginaria; y esto hace que el libro de Vogt quede reducido –siempre, claro está, para el historiador– a una novela con un imprecisable trasfondo histórico ‘real’ (la del propio abuelo, claro). Por supuesto que nadie podría discutirle a la autora el derecho de narrar una vida sobre esas premisas; sólo que, tomada esta opción, el lector pierde, en gran medida, el interés por el olor a ‘carne viva’.

Flamante ingeniero de minas formado en Berlín, Hermann Brehm llegó a Bolivia en 1912. Empezó contratado en una mina de Japu (Oruro) (1912-1914); a raíz de la guerra mundial, quiso retornar a su patria para combatir, pero quedó atrapado en EE. UU. (1914-1916), donde fue ‘retenido’ (¡casi como en los tiempos de Peñaranda y Villarreal!) y pasó por todo tipo de aventuras. Acabado el conflicto, retornó a Bolivia, que le seguía cautivando (ahora desde el recuerdo de la experiencia pasada, pero idealizada). Esta vez trabajó en Kami (1916-1920); pudo volver, ahora sí, a su tierra en busca de esposa (1920-1921). Por tercera vez llegó a su ‘tierra prometida’ andina y la suerte hizo que el propio Patiño le ofreciera la gerencia de las minas de Wanuni (1921-1923), donde al cabo de poco meses se le unió la amada esposa, aunque los achaques de ésta en las alturas y el grave peligro de que murieran madre e hija en Cochabamba, hicieron que cambiara la mina de Wanuni por la de San José, de Hochschild (1924-1925). Tras una nueva estadía en su patria natal, decidió dejar esta vez Bolivia y trasladarse a Valparaíso, con la esperanza de trabajar con mayor independencia de los grandes empresarios mineros (1926-1930). Pero la crisis mundial vino a frustrar sus esperanzas; y

éstas quedaron prácticamente aniquiladas cuando, habiendo retornado a Alemania en lo peor de aquella crisis, se le acabó de hundir el mundo al tener que reconocer que ya no había sitio para él en su propia tierra natal.

Hasta aquí el posible esquema ‘histórico’ de la aventura de un inmigrante europeo como tantos otros miles (veinte años de la primera etapa profesional de una vida arrogante y ambiciosa), que la autora trabaja y adoba con una serie de aventuras. Éstas comienzan con las de su relación con el medio ambiente, (natural y humano) y desembocan con las de su relación con su esposa y consigo mismo. La trama desemboca en una ‘despedida’ ambigua, dejándonos en suspenso sobre los nuevos capítulos que le aguardaban...

Aun tomando el libro como una novela ambientada centralmente en Bolivia, el lector tiene derecho a preguntarse: ¿transmite una imagen fiel a lo que sabemos por otras fuentes? ¿es, por tanto, creíble, convincente? ¿en qué medida y con qué resultados la autora se ha informado y se ha documentando? Me parece que la respuesta debe ser matizada, pues cualquier simplismo monolítico falsearía la realidad.

Por información personal de la autora, me consta que para escribir esta novela la autora visitó por lo menos algunas de las zonas donde había trabajado su abuelo; aunque no lo sé, me atrevo a suponer que ha profundizado en diversas lecturas sobre la minería boliviana anterior a la revolución de 1952. ¿Cuál es, entonces, el resultado obtenido, puesto al servicio de su ficción narrativa?

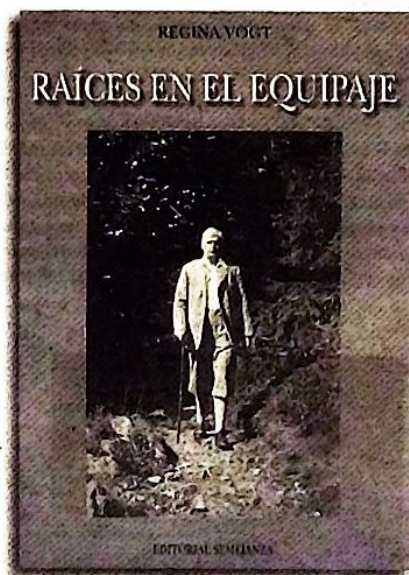
Ya he dicho que si en algunos detalles o circunstancias acierta a dar el tono feliz, en otros el resultado es más ambiguo o, francamente, sorprendente. Así, para poner algún ejemplo, cuando imagina la selva a los pies del campamento minero de Kami (p. 69), uno se pregunta de dónde puede haber sacado tal ‘dato’ (o habría que entender el concepto de ‘selva’ de una forma muy amplia); también deja la impresión de extravío cuando parece interponer varios días de cabalgada entre el pueblo argentino de La Quiaca y la frontera boliviana de Villazón (p. 108); o cuando, fuera de Bolivia, sitúa la ciudad panameña de Colón a varios días de navegación del canal (p. 116). Acaso sea asimismo el carácter imaginario del desarrollo de la trama lo que acabe dejando maltrazo el rigor de la cronología, por ejemplo al afirmar que en 1924 don Hermann llevaba 18 años en Bolivia, cuando en realidad eran sólo... catorce! (p. 139). Y es probable que todavía pudieran señalarse otros destellos.

Pero dejemos los rigores de historiador y pongamos en la balanza el libro tomado como una novela. Hay que reconocer a la autora el mérito de haber creado una intriga atractiva para los gustos actuales, con un permanente cambio de escenarios y una secuencia muy inestable de situaciones y de estados de ánimo de su protagonista (aunque, eso sí, enhebrados en una secuencia temporal). ¿Verosímil? No cabe duda de ello, en la medida que la aventura humana no puede precisarse de ‘inventar’ casi nada. Sólo a condición de que aceptemos entenderla como la forma de ver lo más o menos antiguo a través del vidrio de nuestros hábitos y criterios actuales. Es decir, sólo si damos por bueno e inevitable el anacronismo. ¿Vivió don Hermann lo que nos dice la autora que vivió? ¿Lo vivió como nos

dice que lo vivió? Para poder responder, aquí es donde haría falta conocer la base documental manejada. Creo que la novela misma habría salido ganando si la autora nos hubiese permitido conocer fragmentos de los diarios del abuelo y, con este recurso del *collage*, permitiéndonos intuir cuál es la distancia que separa la vida del abuelo de la novela que la nieta ha escrito sobre él.

Aun así, sería de desear que este texto se conociera también en Bolivia. Y a ello he querido contribuir modestísimamente con este no menos modesto comentario.

Santiago de Chile - Cochabamba,
octubre de 2005 – mayo de 2010



Nota del Editor. El Duende conoció *Raíces en el equipaje* en su presentación ocurrida el 28 de mayo de 1998 en Santiago de Chile, en la Biblioteca de la Corporación Cultural de las Condes. Se publicó en 13 entregas sucesivas, entre el 19 de julio de 1998 (edición 135) y el 3 de enero de 1999 (edición 147).



W. G. Sebald: el v

La novelista estadounidense Susan Sontag (New York, 16 de enero de 1933 - 28 de diciembre de 2004) pregunta: ¿Es todavía posible la crueldad insensible como asuntos normativos de la ficción, ¿qué sería en la actualidad un proyecto literario cen

Vértigo, la tercera novela de Sebald traducida al inglés, fue el punto de partida. Apareció en alemán en 1990, cuando su autor tenía 46 años; tres años después vino *Los emigrantes*; dos años más tarde *Los anillos de Saturno*. Cuando *Los emigrantes* se tradujo al inglés en 1996, la aclamación lindó con la reverencia. Ahí estaba un escritor magistral, maduro, inclusive otoñal en su persona y en sus temas, que había logrado un libro tan extraño como irrefutable. Su lenguaje era maravilloso: delicado, denso, inmerso en la materia de las cosas; y aunque de esto hubiera amplios antecedentes en lengua inglesa, lo que resultaba ajeno y a la vez más persuasivo era la autoridad extraordinaria de la voz de Sebald: su gravedad, sinuosidad, precisión, su libertad frente a toda cohibición debilitadora o toda ironía gratuita.

En los libros de W. G. Sebald, un narrador que lleva el nombre de W. G. Sebald –según se nos recuerda en forma ocasional– viaja para rendir cuenta de la evidencia de una moral en la naturaleza, retrocede ante las devastaciones de la modernidad, medita en torno a los secretos de vidas oscuras. En alguna jornada de investigación, lanzado por algún recuerdo o noticia de un mundo perdido sin remedio, él recuerda, invoca, alucina, lamenta.

¿Es Sebald el narrador? ¿O es un personaje de ficción a quien el autor ha prestado su nombre, con detalles selectos de su biografía? Nacido en 1944 en un poblado alemán que en sus libros llama "W." (la cubierta lo identifica para nosotros como Wertach im Allgäu), el autor se estableció en Inglaterra durante sus primeros veinte años de edad, y con una carrera académica vigente en la enseñanza de literatura alemana moderna en la Universidad de East Anglia, incluye un puñado de alusiones a estos y algunos otros hechos, y también –con otros documentos autorreferenciales reproducidos en sus libros– un retrato con el grano abierto de él mismo, situado al frente de

un enorme cedro de Líbano en *Los anillos de Saturno*, o la foto de su nuevo pasaporte en *Vértigo*.

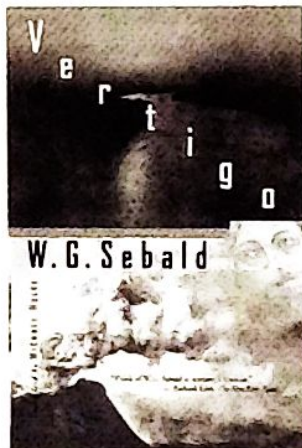
Sin embargo, estos libros reclaman con justicia ser considerados como ficción. Y son ficción, no sólo porque hay buenas razones para creer que mucho ha sido inventado o alterado sino porque, seguramente, algo de lo que Sebald narra sucedió en efecto: nombres, lugares, fechas y demás. La ficción y la objetividad, desde luego, no se oponen. Uno de los reclamos fundadores de la novela inglesa es que la historia sea verdadera. Lo característico de una obra de ficción no es que la historia no sea verdadera –bien puede ser verdadera, en parte o en su integridad–, sino su uso o expansión de una variedad de recursos (aun documentos falsos o fraguados) que producen lo que los críticos literarios llaman "el efecto de lo real". Las ficciones de Sebald –y la ilustración visual que las acompaña– proyectan el efecto de lo real a un extremo fulgurante.

Este narrador "real" es un modelo de construcción literaria: el *promeneur solitaire* de muchas generaciones de literatura romántica. Un solitario, aun cuando se menciona alguna compañía (como Clara, en el párrafo inicial de *Los emigrantes*), el narrador está listo para salir de viaje a su antojo, a seguir algún arrebato de curiosidad acerca de una vida extinta (como los cuentos de Paul, un querido maestro de primaria en *Los emigrantes*, quien por primera vez lleva al narrador de vuelta a la "nueva Alemania", y como los del tío Adelwath, quien lleva al narrador a Estados Unidos). Otro motivo para el viaje se plantea en *Vértigo* y *Los anillos de Saturno*, donde resulta más evidente que el narrador es asimismo un escritor, con las inquietudes de un escritor y el gusto por la soledad de un escritor. Es frecuente que el narrador empiece el viaje cuando surge alguna crisis. Y, por lo común, el viaje es una indagación, aun cuando la naturaleza de esa indagación no se manifiesta enseguida. He aquí el principio del segundo de los cuatro relatos que conforman *Vértigo*:

En octubre de 1980 viajé de Inglaterra, en donde para entonces yo había vivido durante casi 25 años, en un distrito que estaba casi siempre bajo cielos grises, rumbo a Viena, con la esperanza de que un cambio de lugar me ayudaría a superar una etapa de mi vida particularmente difícil. Sin embargo, en Viena descubrí que los días me resultaban demasiado largos, ahora que no estaban ocupados por mi acostumbrada rutina de escribir y hacer trabajos de jardinería, y literalmente no sabía a dónde dirigirme. Salía temprano cada mañana y caminaba sin rumbo ni objetivo por las calles de la ciudad antigua...

Este largo pasaje, titulado "All estero" ("En el extranjero"), que lleva al narrador desde Viena a varios lugares del norte de Italia, sigue al capítulo inicial –un brillante ejercicio de escritura concentrada que refiere la biografía del muy viajero Stendhal– y le sigue un tercer capítulo que relata con brevedad la jornada italiana de otro escritor, "Dr. K.", en algunos sitios visitados por Sebald durante sus viajes a Italia. El cuarto y último capítulo, tan largo como el segundo y complementario de éste, se titula "El retorno in patria" ("Regreso a casa"). Las cuatro narraciones de *Vértigo* bosquejan todos los temas principales de Sebald: los viajes; las vidas de escritores que son también viajeros; el sentirse obsesionado y el estar libre de lastres. Siempre hay visiones de la destrucción. En el primer relato, mientras se recupera de una enfermedad, Stendhal sueña en el gran incendio de Moscú; el último relato finaliza cuando Sebald se duerme sobre el diario de Samuel Pepys y sueña con Londres destruido por el Gran Incendio.

Los emigrantes emplea la misma estructura musical de cu-



atro movimientos donde la cuarta narración es la más extensa y poderosa. Los viajes de una u otra especie habitan el corazón de toda la narrativa de Sebald: en las peregrinaciones del propio narrador y las vidas, todas de algún modo desplazadas, que el narrador evoca.

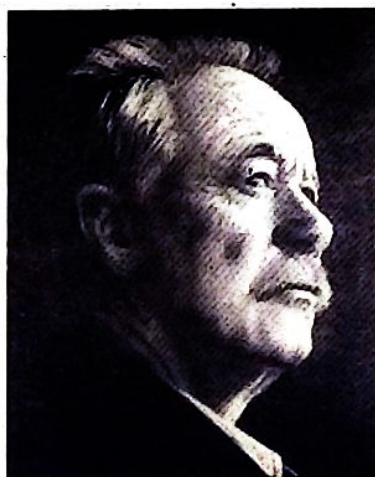
Comparemos con la primera oración de *Los anillos de Saturno*:

En agosto de 1992, cuando los días caniculares se acercaban a su fin, salí a caminar por el distrito de Suffolk, con la esperanza de disipar el vacío que se apodera de mí cada vez que concluyo un tramo largo de trabajo.

Los anillos de Saturno es en su integridad el recuento de este viaje a pie realizado con el propósito de disipar el vacío. Pero si el viaje tradicional nos acercaba a la naturaleza, aquí mide los grados de la devastación; el principio del libro nos dice que el narrador estuvo tan abatido al descubrir "las huellas de la destrucción" que un año después de comenzar su viaje debió ingresar a un hospital de Norwich "en un estado de inmovilidad casi total".

Los viajes bajo el signo de Saturno, divisa de la melancolía, son el tema de los tres libros escritos por Sebald en la primera mitad de los noventa. Su punto primordial es la destrucción: de la naturaleza (el lamento por los árboles que destruyó un mal holandés que atacó a los olmos, y por los que destruyó el huracán de 1987 en la penúltima sección de *Los anillos de Saturno*); la destrucción de las ciudades; de los estilos de vida. *Los emigrantes* relata un viaje a Deauville en 1991, en busca tal vez de "algún residuo del pasado" para confirmar que este "lugar de veraneo alguna vez legendario, como cualquier otro lugar que uno visita ahora en cualquier país o continente, estaba agotado, arruinado sin remedio por el tráfico, las tiendas y boutiques, el instinto insaciable de la destrucción". Y el cuarto relato de *Vértigo*, con el regreso a casa en W. –que el narrador dice no haber revisitado desde su infancia– es una extensa *recherche du temps perdu*.

El clímax de *Los emigrantes*, cuatro relatos acerca de personas que abandonaron su tierra natal, es la evocación desoladora –supuestamente, una memoria en manuscrito– de una idílica infancia germano-judía. El narrador describe su decisión de visitar Kissingen, el pueblo donde el autor pasó su infancia, para observar las huellas que han perdurado de ésta. Dado que Sebald se estableció en lengua inglesa con *Los emigrantes*, y como el personaje de su último relato es un famoso pintor la-



viajero y su lamento

¿La grandeza literaria? Ante la decadencia implacable de la ambición literaria, la convergente ascensión del desgano, la verborrea y la trágica en la nobleza? La obra de W. G. Sebald es una de las pocas respuestas disponibles a los lectores del idioma inglés.



Max Ferber, judío alemán enviado durante su niñez, fuera de la Alemania nazi, a la seguridad de Inglaterra—su madre, que murió con su padre en los campos de concentración, es la autora de la memoria—, el libro fue etiquetado rutinariamente por la mayoría de los reseñistas—sobre todo, aunque no sólo en Estados Unidos— como un ejemplo de “literatura del holocausto”. Al terminar un libro de lamentación con el tema extremo de lamento, *Los emigrantes* pudo preparar el desencanto de muchos admiradores de Sebald por la obra que le siguió en traducción, *Los anillos de Saturno*. Este libro no se divide en narraciones distintas, sino que consiste en una cadena o progresión de historias: una conduce a la otra. En *Los anillos de Saturno*, una mente bien armada especula si acaso Sir Thomas Browne, al visitar Holanda, asistió a la lección de anatomía pintada por Rembrandt; recuerda un interludio romántico en la vida de Chateaubriand durante su exilio en Inglaterra, evoca los nobles esfuerzos de Roger Casement por divulgar las infamias del régimen de Leopoldo en el Congo, cuenta otra vez la infancia en el exilio y las primeras aventuras en el mar de Joseph Conrad: estas y muchas otras historias. En su procesión de anécdotas raras y eruditas, en sus encuentros afectuosos con gente libresco (dos conferencistas de literatura francesa, entre ellos un académico especializado en Flaubert; el traductor y poeta Michael Hamburger), *Los anillos de Saturno* pudo parecer—luego de la agudeza extrema de *Los emigrantes*— simplemente “literario”.

Sería una pena que las expectativas creadas por *Los emigrantes* sobre la obra de Sebald influyeran también en la recepción de *Vértigo*, que esclarece aún más la naturaleza y la urgencia moral de sus relatos de viajes—atentos a lo histórico por sus obsesiones, pero con alcances que son de la ficción—. El viaje libera la mente para el juego de las asociaciones, para los sufrimientos (y erosiones) de la memoria, para degustar la soledad. La conciencia del narrador solitario es el verdadero protagonista de los libros de Sebald, inclusive cuando hace una de las cosas que mejor sabe hacer: contar y resumir las vidas de otros.

Vértigo es el libro donde la vida del narrador en Inglaterra es menos visible. Y todavía más que los dos libros que le siguieron, éste es el autorretrato de una mente: una mente sin sosiego, insatisfecha de manera crónica; una mente atormentada; una mente proclive a las alucinaciones. Al caminar por Viena, cree reconocer al poeta Dante, desterrado de su ciudad bajo condena de ser quemado en la hoguera. En la banca posterior de un vaporcito en Venecia, ve a Ludwig II de Bavaria; al viajar en un autobús por la costa del Lago Garda hacia Riva, ve a un adolescente cuyo aspecto corresponde al de Kafka con exactitud. Este narrador, que se define a sí mismo como un extranjero—al escuchar el parloteo de algunos turistas alemanes en un hotel, él quisiera no haberlos entendido, “o sea, haber sido ciudadano de un mejor país, o de ningún país en absoluto”— es, además, una mente luctuosa. En cierto momento, el narrador afirma no saber si todavía está en la tierra de los vivos, o si ya está en algún otro lugar.

De hecho, él está en ambos: con los vivos y—si la guía es su imaginación— con los póstumos también. Un viaje es con frecuencia una nueva visita. Es el retorno a un lugar, a consecuencia de algún asunto inconcluso, para buscar el origen de un recuerdo, para repetir (o completar) una experiencia; para entregarse uno mismo—como en la cuarta narración de *Los emigrantes*—a las revelaciones más concluyentes y devastadoras. Estos actos heroicos del recuerdo y la búsqueda de sus orígenes traen

consigo su precio. Parte del poderío de *Vértigo* es que atiende más el costo de este esfuerzo. (*Vértigo*, la palabra empleada para traducir el título alemán *Schwindel*, *Gefühle*—la grandes rasgos: *Mal de altura*, *Sentimiento*— apenas sugiere todas las clases de pánico, apatía y desorientación que narra el libro).

Vértigo cuenta la forma como el narrador, luego de llegar a Viena, camina tanto que al regresar al hotel descubre que sus zapatos caen en pedazos. En *Los anillos de Saturno*, y sobre todo en *Los emigrantes*, la mente se concentra menos en sí misma; el narrador es más elusivo. Más que en los libros posteriores, *Vértigo* aborda la conciencia doliente del propio narrador. Pero en la angustia mental invocada de forma lacónica que aguijonea la tranquilidad del narrador, la conciencia inteligente nunca es solipsista, como sucede en la literatura de menor alcance.

El sostén de la conciencia fluctuante del narrador reside en el espacio y la vivacidad de los detalles. Como el viaje es el principio generador de la actividad mental en los libros de Sebald, desplazarse en el espacio brinda un estímulo kinético a sus descripciones maravillosas, en especial, sus paisajes. He aquí un narrador en propulsión.

¿Dónde hemos escuchado en lengua inglesa una voz de tal exactitud y confianza, tan directa al expresar el sentimiento y sin embargo tan respetuosamente devota del registro de “lo real”? Podemos citar a D. H. Lawrence y al Naipaul de *El enigma de la llegada*, aunque poco hay en ellos de la desolación apasionada de la voz de Sebald. Para este uno debe considerar una genealogía alemana. Jean Paul, Franz Grillparzer, Adalbert Stifter, Robert Walser, el Hofmannsthal de *La carta de Lord Chandos* y Thomas Bernhard son algunas afinidades de este maestro contemporáneo de la literatura de lamentación y ansiedad mental. El consenso acerca de la mayor parte de la literatura inglesa del siglo pasado ha decretado que las perturbaciones líricas y elegíacas son inadecuadas para la ficción: sobrecargada, pretenciosa. (Incluso una gran novela, tan excepcional como *Las olas*, de Virginia Woolf, no se ha librado de estos rigores.) La literatura alemana de la posguerra, preocupada por la manera en que la grandeza del arte y la literatura del pasado—particularmente del romanticismo alemán—demostró su afinidad con la conformación de mitos del totalitarismo, sospechaba de cualquier cosa que se pareciera a la evocación romántica o nostálgica del pasado. De ahí tal vez que sólo un escritor alemán radicado en el extranjero de modo permanente, en las inmediaciones de una literatura con una predilección moderna por lo anti-sublime, pudo lograr un tono de semejante convicción y nobleza.

Además del fervor moral y los dones compasivos del narrador (aquí se aparta de Bernhard), lo que mantiene su escritura siempre fresca, y nunca meramente retórica, es el desbordamiento que nombra y visualiza en palabras; esto, más el recurso siempre sorpresivo de las ilustraciones. Imágenes de boletos de tren, la hoja desgarrada de un diario de bolsillo, dibujos, una tarjeta de visita, recortes de periódico, el detalle de un cuadro y desde luego fotografías, con el encanto y en muchos casos la imperfección de las reliquias. Así, en un momento de *Vértigo*, el narrador pierde su pasaporte; o, más bien, se lo pierden en el hotel. Y ahí está el documento creado por la policía de Riva, en el cual—un toque de misterio—la tinta en la G de W. G. Sebald está incompleta; y ahí está el nuevo pasaporte, con la fotografía tomada por el consulado de Alemania en Milán. (En efecto, este extranjero profesional viaja con pasaporte alemán o, por lo menos, así lo hizo en 1987.) En *Los emigrantes*, estos documentos visuales parecían talismanes. Y es probable que no todos fueran autén-

ticos. En *Los anillos de Saturno*, con menor interés, parecen simplemente ilustrativos. Si el narrador habla de Swinburne, hay un pequeño retrato de Swinburne en medio de la página; si relata una visita a un cementerio en Suffolk, donde ha captado su atención el monumento funerario de una mujer fallecida en 1799, el cual describe en detalle, desde el empalagoso epitafio hasta los agujeros perforados en la piedra de los bordes superiores por los cuatro lados, tenemos también una pequeña y borrosa fotografía de la tumba, otra vez en medio de la página.

En *Vértigo*, los documentos tienen un mensaje más incisivo. Nos dicen: “lo que les hemos contado es cierto”—algo que, por lo común, el lector de ficción difícilmente espera—. Ofrecer cualquier tipo de evidencia es dotar a lo descrito con palabras de un excedente misterioso de *pathos*. Las fotografías y otras reliquias reproducidas en la página conforman un índice exquisito del transcurso del pasado.

En ocasiones se parece a los devaneos de *Tristram Shandy*: el autor está intimando con nosotros. En otros momentos, estas reliquias visuales proferidas con insistencia parecen un desafío insolente a la suficiencia de lo verbal. Con todo, como Sebald apunta en *Los anillos de Saturno* al describir una aparición favorable—la Sala de Lectura de los Marineros en Southwold, donde examina las anotaciones del cuaderno de bitácora de una patrulla marina anclada lejos de los muelles en el otoño de 1914—: “Cada vez que descifro uno de estos registros me asombra que un rastro desvanecido en el aire o el agua durante tanto tiempo permanezca visible en este papel”. Y continúa, al cerrar la cubierta vetada del cuaderno de bitácora y considerar “la misteriosa supervivencia de la palabra escrita”.



Jorge Ariel Madrazo

Jorge Ariel Madrazo. Buenos Aires en 1931. Es poeta y narrador. Publicó en poesía: *Orden del día*, *Cuerpo textual*, *Cantiga del oro*, *Piedra de amolar*, *Blues de muertevida*, *Mientras él duerme*, *Para amar a un deidad*, entre otros.



Raúl Gustavo Aguirre

Sobre tus manos dialogaban
revelaciones de pájaros
esos gorriones de la complicidad
que hoy habitan zaguanes prodigiosos,
extensísimos.

Allí volamos tus amigos cada día.
Allí afinaremos tu ala
hasta que se extinga el último sol.

Un árbol es un ser insustituible

Denso, terroso espacio:
espada de hojas
en la vereda.
El árbol allí sobrevuela
todo tiempo presente o
verdor y
es tan único su
vulvoso brote o rama,
tan fruto acechante al
atardecer

Singularidad
vegetal
eterno rectángulo terrado
desterrado (no lo consuela
no lo rescata
tu mirada jamás)
Donde gato y árbol y
esperma del sol
intercambian su polen.
Perpetúan los muertos
de la especie

¿Te ame una deidad
de pie sobre las uvas?
¿La preñen tus fémures dinásticos?
¿Arda Ella en deseos por tu
mortal gusano?
¿Y en náuseas por Adonis?
¿Quieres guardarla para ti solo
y el corazón por dentro refrescar?
Nada de mágicos conjuros ni
empollar fantasmas como pájaros ni
-mucho menos- reptar el Partenón
en trance de delirio a
cuatro patas:
Ella -la diosa- a quien
todo gozo se debe humillar
es sirvientita y se llama Rosalía en esta
baja tierra
y aunque su novio (lacayo del tal Zeus)
te ha amenazado a sangre / y se villana
las sábanas de amor de Rosalía
habrás de / visitar
en esta noche misma. Así se pudran
tus huesos allí.
Y no temerle al rayo ni a nada.
A nada en este suelo de corteza / utroz.
A la sirvientita y diosa amada
hasta que (entre jadeos) Ella / la Deidad
mande al demonio el Olimpo y sus / huestes
mande al demonio mismo / su divina arcilla
para adorarle al fin / -olvidada / de todo-
con tal prosaica / olímpica / fujuria

II

Es hielo abrasador
es fuego helado.
En tal fragua / ella y vos:
taimado semen.
Enfermedad que crece / si es curada.
Anda la nada en levesm / graves / pies.
Un andar solitario / entre la gente.
Gestos los tuyos;
pavor / o / plenilunio / (pleno sol
fugaz / enredadera)

Canon para dos voces solas

Tota jol deu humiliar
E tot' autr' amors obezir (...)
A mos obs la vuell retenir,
Per lo cord dedins refrescar...
Guillermo de Aquitania

III

Cuando al yo-niño la tristeza / aturde
espuelas crujen
bajo alfanje o / cinto.
Pero no amor ni guerra:
buscás Tiempo.
Saloon Lejano Oeste (¿Padua / o Kansas?)
Guerra ni amor ya más: / buscás tu niño.
Tu ahuecada buscás.
Sus rubias órbitas.
Ante mesa marrón / o helado fuego.

IV

Si por raro artilugio / o azar
me travistiera yo
en esos muslos tuyos:
rectas columnas / pasionales
entremojadas / al chorrear
púbicos públicos / diluvios
carbón del tu sol

Si mi ficticio "yo" temblara / o temblase
en el clítoemir de
esos tus muslos ateridos
Si mi ojo-hombre así sobara
mis azorados muslos / mujer si
copulara (obstinado / remoto)
con mi con mi ella-yo / conmigo
la mimisnu
Interminablemente.

V

Ah esas nalgas blanquísimas
surgiendo de tus
enfumadas medias
negras
sobre rodillas de pérfido
roco
y pezones con fiebre
de poema
y pastelillos se tuesten
sexuales
y sobre el útero florezca
tu falda
y te adoren
poetas
en octubre

Andrés Utello expresa que los versos de Jorge Ariel Madrazo es alta poesía la que se muestra en tiempos comunes y alterados, clara selección, sutil encanto natural, decantación de lo bello en lo profundo. Poeta capaz de mirar muy hondo, representante del tiempo que le tocó transitar este misterio. Sólo queda encender una última luz, dejar que el poema ingrese en nosotros como un río capaz de llevarlo todo. "Dan ganas de besarle la bufanda al canto", dijo Vallejo; da ganas de iniciar un poema...

La mecedora de la abuela y los pechos de mi prima

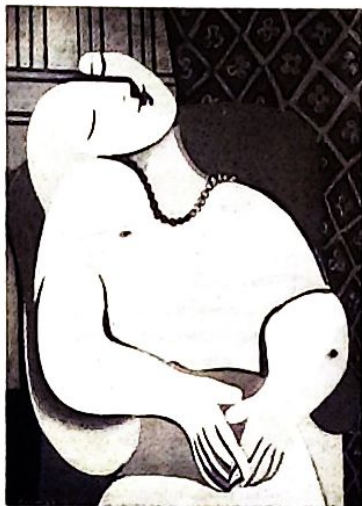
"La mecedora de la abuela y los pechos de mi prima" forma parte de la novela "Tardes de lluvia y chocolate" escrita por la periodista cochabambina Amalia Decker Márquez; obra que muestra la saga de una familia de cepa italiana que se transporta a Bolivia, con sus secretos y coraje a cuestas con una historia que cubre el siglo pasado y comienzos de éste

En aquellos tiempos, antes que Valentina partiera a los pagos de mis bisabuelos, además de odiarla yo le tenía un poquito de envidia. Ella era más grande. A mí todavía no me habían crecido los pechos y eso, aunque no lo crean, es muy importante para la competencia. Yo apenas tenía unos botones esmirriados. La verdad es que nunca me crecieron mucho. En cambio, ella tenía un lindo cuerpo y unos senos realmente envidiables. No eran tampoco muy grandes que digamos. Pero lograban enloquecer a su compañero. ¿Qué será del pobre? En todo caso no fue famoso, porque muchos de los que circularon por la hacienda de la abuela para esconderse o para planificar la revolución, fueron más tarde hombres públicos de éxito, y algunos de ellos, olvidándose de sus viejas utopías, se han vuelto tan pragmáticos que se agarran como garrapatas de los partidos sin ideología. Pero eso importa poco en esta historia, prefiero volver a los enredos amorosos de Valentina.

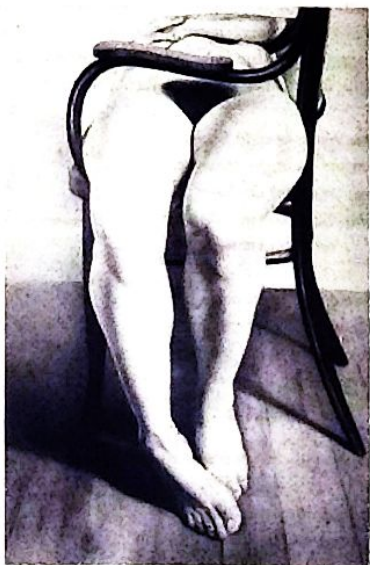
Esos tiempos en los que mi prima quería transformar el mundo, también fueron propicios para el amor. Ella y su compañero no la pasaban nada mal. Se veía tan linda la cabrona. Le encantaba usar la mecedora de la abuela para hacer el amor. La recuerdo montada a horcajadas en su amante y la mecedora empezaba a moverse suavemente. Por la plasticidad de su cuerpo parecía una bailarina a la que le habían asignado un espacio reducido para sus movimientos en los que se rendía al libre albedrío. Cuando la ansiedad crecía, ella se torcía llevando su cabeza a la altura de los muslos de su pareja, de quien no recuerdo el nombre pero sí sus manos cubriendo sus hermosos senos y luego recorriendo su cuerpo desnudo. Los espiaba por la puerta entreabierta y luego corría presurosa a quitarme mis ropas y descubrir que mis senos no habían crecido todavía. Confieso que, a pesar de la envidia que me producía los encuentros amorosos de mi prima, juntos en su acrobacia eran una poesía maravillosa. Sus movimientos parecían ensayados, siempre bordeando el abismo. Una vez eran las fuertes piernas de Valentina las que aprisionaban en cuerpo flaco de su amante para no caerse. Otras veces, el movimiento de sus deseos, parecía coincidir con el vaivén de la mecedora. Cuando finalizaban su esmero, el viejo sillón de la abuela terminaba lentamente su vaivén hasta quedar tan quieto como ellos.

Ahora que estoy afanada en contar, me voy convenciendo de que estas historias ponen a las mujeres en calidad de tímidas, mojigatas y convertidas en muebles a la hora de hacer el amor, y a los hombres en acróbatas incansables y conocedores de la debilidad femenina, son un puro invento de la literatura. Las mujeres juegan: unas veces suelen ser felinas y diestras amantes, pero en ocasiones son cándidas y casi virginales para no acomplejar a sus amantes ni ponerlos en desventaja.

No sé si ese joven comunista fue el primer hombre de Valentina. Nunca me lo dijo, aunque me pareció que sí fue el primero. Los dos ponían ojos de cordero degollado cuando hacían uso de la vieja mecedora de mi abuela, bailaban hermosas danzas de amor y luego dormían rendidos y trenzados. Recuerdo un día, poco antes de que partieran y que la heroína de mi prima cayera presa, se amaron como si hubiera sido la última vez. ¿Habrá sido la última? No lo sé, en todo caso fue la última vez que yo los atisé desde mi escondite infantil. Yo creo que mi abuela se hacía de la vista gorda; nunca habló de los amores de su nieta. Creo que en el fondo de su alma, ella no veía con buenos ojos al joven, aunque jamás le hizo ningún reproche, al menos yo nunca escuché, me imagino que no quiso repetir el papel autoritario de su madre cuando ella se



enamoró perdidamente del español. Sin embargo, un día que esculcaba sus cajones, encontré guardadas en una cajita amarrada con un lazo unas cinco cartas del enamorado de mi prima, quien firmaba sólo con una P. Esas cartas que mi abuela nunca las había enviado a su destino eran verdaderamente sorprendentes porque me recordaban magníficamente lo que yo había visto con los ojos de la primera pubertad. Ella jamás se enteró de que yo las había descubierto. Guardé ese secreto de mi abuela del que me enteré por puro curiosidad.



Vale:

Las noches son muy largas sin tu compañía, sin tu cuerpo y sin ese tu olor a flores silvestres que tanto extraño. Pienso en ti. Te veo desnuda corriendo a mis brazos, colándote en mi piel e implidiéndome llamar al sueño que tanta falta me hace. Cuando finalmente logro caer en las profundidades, allí apareces, otra vez, juguetona. Te metes bajo las cobijas, me haces cosquillas en los pies, te encaramas encima mía, te frota hasta enloquecerme, me ofreces tus hermosos senos... Bebo de ellos y luego te mueres para que yo te reviva. Era tu juego favorito, ¿lo recuerdas? Me esmero en mis sueños para que tu cuerpo exhale los olores del deseo. Tú no te mueves, pero puedo sentir tu suave y controlada respiración. Sé que disfrutas, que te gusta mucho y por eso vuelvo a besar tu cuerpo suspendido por la excitación. A veces sufro cuando siento que las ganas me quieren vencer y tú todavía no estás lista. Sé que debo alcanzar al punto de erizar tu piel con mis besos. Sé que es una ceremonia lenta y embriagadora. A veces sufrida. Pero sé que para alcanzarte, para llegar a tu umbral, así debe ser. Ya en las puertas del paraíso, tú te empiezas a mover. ¿Qué ritmos los que me regalas? A veces los confundo y por ello me detengo para no perderme, para seguirte en el compás de tu baile sensual, en el que, a ratos, creo que sólo soy tu pareja circunstancial. Empiezas con unos suaves sonos... Y, cuando me muerdes las orejas... cambias de ritmo. Te apuras. Corres al encuentro con un largo orgasmo. Aúllas, me arañas y te prolongas. Sigues otra vez lenta, en un nuevo baile, invitiéndome a llegar juntos a un orgasmo compartido. Vale, cuando siento que ya te alcanzo, cuando ya estoy preparado para el último tramo, me despierto y descubro que sólo eres un sueño y, entonces, ¡horo como un niño! ¿Por qué ya no me escribes? ¿Acaso ya no me quieres? ¿Acaso ya otro hombre conoce tus secretos en la pista de baile? ¿Será posible que hayas vislumbrado con otro amor el horizonte promisorio en la estrechez de nuestra mecedora?

Supe que te liberaron. Aquí en la Isla las noticias son escasas. ¿Pudiste salir del agujero negro en que se ha convertido nuestro país? ¿Dónde estás? ¿Te volveré a ver? ¿Te volveré a amar en la mecedora de tu abuela?

Tuyo, P

Cuando leí estas cartas, yo estaba muy enamorada, además creía, como cualquier adolescente, que era para siempre. Me parecía un crimen haber olvidado la pasión, la entrega, el amor y esos coitos que parecían remedar los movimientos de un baile sensual. Aunque es cierto que la abuela le escondió las cartas, ella pudo haber encontrado otras formas para reencontrarse con su joven enamorado. Por eso la odié un poco. Valentina, al menos no por mí, nunca se enteró de que mi abuela le había ocultado esas cartas. Pero bueno, eso en verdad no importa. Lo que más me llama la atención de estos recuerdos es el parecido de Valentina con la abuela italiana. A ella también le gustaba hacerse la muerta para prolongar sus preludios amorosos. Y hay más parecidos en esta familia de mujeres. A veces saltaron una generación, pero luego volvieron a encarnarse en cuerpo y espíritu.



Adolfo Cáceres Romero

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo republicano

Escritores representativos

Luis Zalles. Abogado, periodista y político. Nació en La Paz el 21 de junio de 1832, y murió en esa misma ciudad el 24 de abril de 1896. Obtuvo el título de abogado, en 1855. Dos años después formó parte de *El Club Revolucionario* y fundó *El Telégrafo*. La inestabilidad política del país, caracterizada por levantamientos y asonadas,

condicionó su labor literaria condicionando sus versos al manejo del epigrama improvisado, a las letrillas y fábulas que no tenían mayor exigencia que ridiculizar a sus contendientes; lo propio ocurrió con su labor periodística, de tal suerte que vivió asediado por los órganos de represión, conociendo destierros, arrestos y confinamientos a lugares de difícil acceso, en el oriente boliviano. En cierta oportunidad salió de Santa Cruz, atravesó el Chaco hacia la Argentina y convivió con grupos de chiriguano y chanés.

En medio de una vida tan agitada, se dio tiempo para enseñar Literatura y Religión en el Seminario de La Paz, a partir de 1859. En 1861, durante el Gobierno de José María Achá, fue elegido municipal. A partir de 1864 hizo resistencia a la dictadura de Melgarejo, siendo desterrado al Perú, donde fijó residencia en Tacna y se sometió a los exámenes de rigor en su profesión de abogado. En 1868, se vio obligado a viajar al Ecuador, donde permaneció hasta la caída de Melgarejo, en 1871. Un año después, ingresó a la magistratura como vocal de la Corte de La Paz, de la que posteriormente fue su Presidente.

Gran parte de su producción poética fue recopilada y publicada en edición póstuma, con el título de *Poesías*, en 1926.

Luis Zalles cultivó el verso corto, con glosa, letrillas y epigramas de fácil concepción. Augusto Guzmán las tipifica como *composiciones de juego y travesuras intencionales*. Zalles es un producto típico de su medio y su época. Veamos algunas de sus letrillas escritas en Tacna, en mayo de 1866:

*Que venga la vieja España
con sus neclas pretensiones,
a sacarnos los doblones
a incendiar con negra saña;
no lo entiendo.*

*Pero que la gente ociosa
se coma gallegos crudos,
deserten los sordo-mudos
y no se hable de otra cosa,
lo comprendo.*

*Que cuando en guerra exterior,
lucha el Perú con la Iberia,
quieran como diosa seria
derrocar al Dictador;
no lo entiendo.*

*Pero que algún mozalbete
por dejar de ser teniente
hacer un motín intente
sin que le cueste el pellejo;
no siendo más que un zoquete,
lo comprendo*

*Que el sargento Melgarejo
se vea de Presidente
y comedias represente
sin que le cueste el pellejo;
no lo entiendo.*

*Pero que a fuer de valiente,
se venda a Bolivia a trozos
por vestir a sus traposos
y anegarse en aguardiente;
lo comprendo.*

Fragmento de su poema en arte mayor A bordo de 'El Peruano', escrito en Guayaquil (Ecuador), en agosto de 1866:

*Surcando en "El Peruano", que leve se desliza
un mar que el sol argenta y cubre de esplendor,
al soplo embalsumada de juguetona brisa
que trae de las selvas el perfumado olor.
Junto a los verdes bosques de la Hechicera ría
que baña con sus aguas la esbelta Guayaquil
bogando mansamente mi voz alzar querría
algun risueño canto cual flor de este pensil.*

*Quisiera que el Eterno, ya que con gala tanta
cubrió la margen bella de tan feliz región,
me diera el entusiasmo del bardo cuando cantó
las obras soberanas que embargan su razón.
Quisiera, hermosa amiga, decirte lo que siento,
mi adiós también decirte con angustiado son;
quisiera... mas no, amiga: si digo lo que siento
el llanto embargaría mi lastimera voz.*

*Es bello cuanto miro... Mi espíritu abatido
despierto entusiasmado con tanta majestad;
mi pecho aletargado palpita estremecido
y un grito se me arranca de admiración cabal!
Mas, luego, el pensamiento con su recuerdo activo
me trae la memoria de mi región natal;
mi patria tan amada, de la que ausente vivo,
do existen mis amigos, do está mi dulce hogar.*